

MAS COSAS SOBRE «WEST-SIDE STORY»

Sr. D. Emilio Romero.
Director de PUEBLO.

Querido amigo: Bien sé que usted, en su afán por llegar a la verdad, mantiene las puertas de su diario, de par en par, abiertas a todas las ideas y sugerencias; sin distinción de clases, de partidismos, ni de ideologías. Esto es, a la larga, bueno, aunque a veces haga inevitable la publicación de vulgaridades o de opiniones necias: el mismo sistema utilizado por usted sirve de terapéutica, al permitir la objeción, el ataque, e incluso la polémica. Yo le ruego que acoja estas cuartillas y les dé cabida en la página correspondiente.

El sábado último apareció en su "Tercera Página" un artículo, en forma de carta, firmado por Marino Gómez-Santos, en el que se decían cosas de una película actualmente en proyección bajo el título de "West-Side Story". Yo he estimado siempre que cada quisque es muy libre, libérrimo, de juzgar como guste cada una de las cosas con que se topa al cabo del día; allá el sujeto con las ideas y los berrinches que sus muchas o sus pocas luces le permiten parir. Esto es la libertad por casa. Pero otra cosa ocurre cuando los juicios de cada uno saltan al campo público por medio de las páginas de un periódico. Si algún deber tiene el profesional del periodismo, entiendo que debería ser la moderación del impulso momentáneo, de la cólera o del amor repentinos, la reflexión de la primera idea que se les viene a la cabeza; conviene meditar, razonar y dar tiempo a que el espíritu se serene antes de convertir la tinta en palabras, pues de lo contrario puede resultar un conjunto caprichoso y obcecado. Precisamente la razón de que los gamberros de "West-Side Story" sean tales está en la carencia, en su vivir cotidiano, de toda reflexión educada y razonada.

Yo quiero salir al paso de las afirmaciones lanzadas por Marino Gómez-Santos, porque entiendo que todo cuanto dice de la citada película es fruto de una irritación sin meditación subsiguiente, y creo, además, que nunca peores consecuencias que las que unas mentes obnubiladas pueden provocar.

En el caso de M. G. S., todo comenzó, al parecer, en una tienda de discos a la que el citado escritor va con frecuencia y donde con la misma frecuencia, últimamente, suelen atenderle, en ausencia del dueño, dos señoritas envueltas en humo de tabaco y más o menos ritmadas por la música de "West-Side Story". Si la protesta de Gómez-Santos se hubiera detenido aquí, yo no tendría objeción alguna que hacer, pues a cada uno le gusta determinado tipo de atenciones y de poses en las vendedoras. Pero es que este hecho comercial sirve a Marino Gómez-Santos de trampolín para ir a ver un film, y

del film vienen, sin serena meditación posterior, las afirmaciones que en su carta siguen.

La película es "un prodigio de técnica, de fotografía..., con gran derroche de color...". Pero a Gómez-Santos, desde las primeras escenas, "se le despertó toda su ascendencia de la honrada Castilla y se le revolviéron las tripas". Curioso proceso fisiológico-psicológico éste, fruto de la contemplación de una película.

¿Ha visto usted, señor Romero, "West-Side Story"? Se trata, ante todo, de una historia de amor; una —¿por qué no?— nueva versión de "Romeo y Julieta", en la que las vicisitudes que unen, separan, atraen de nuevo y alejan, finalmente, a los dos amantes guardan bastante relación con la —¿noble?— historia de las familias de los Montescos y de los Capuletos recreada por Shakespeare. Se trata, en ambos casos, del odio, odio a ultranza, entre dos grupos afincados en una sociedad histórica determinada, creados y limitados a un ambiente social peculiar. Y este odio, de una manera u otra, lleva a la muerte de unos seres y a la posterior comprensión de la gratitud del odio mismo.

En "West-Side Story", la historia transcurre en un barrio bajo neoyorquino, donde dos bandas de muchachos se persiguen, se acosan, se hacen la vida imposible, y terminan por enfrentarse a cuchilladas en mortal lucha. (Esto de la lucha a navajazos es algo que está universalmente unido a determinadas formas de vida, entre otras a la barriobajera que ocupa nuestro caso —en América, en España y en China—, y sólo se me ocurre lo siguiente: el momento de la pelea, en la película, es tan dramático, tan cruel, tan perfecto, que lo único que su contemplación produce es una angustiosa repulsa de esta forma salvaje de dirimir las diferencias entre hombres.) Estas dos bandas rivales que callejean por un suburbio del oeste de Nueva York, que se persiguen recíprocamente y que no permiten el amor repentino entre dos de sus componentes, una puertorriqueña y un norteamericano, son una realidad, todo lo lamentable que se quiera, que trasciende las pantallas para instalarse en las calles de la ciudad de los rascacielos y de otras muchas. La película refleja, en esto, un hecho indiscutible al que se pide un remedio. Son tipos vulgares; soeces algunos, gamberros todos, sin horizontes honrados, y que en la película viven el drama de la discriminación racial en el que se ven inmersos desde que sus padres los lanzan a las calles.

La línea argumental está salpicada de incidencias varias que culminan en la pelea con dos muertes. Pero todo a lo largo de la misma resalta constantemente una directriz: las situaciones que presenciamos son debidas a una injus-

ticia; los medios gubernamentales empleados para reparar la son inadecuados y, sobre todo, la repulsa, constantemente implícita en las secuencias, hacia las actitudes de los gamberros, hacia el ambiente, hacia la falta de moral, hacia las formas de vida y, sobre todo, hacia el final sangriento. La repulsa general hacia un estado de cosas innegable en la sociedad norteamericana. Y, además, por encima de todo esto, descuello el triunfo del amor, de un amor universal que se salta los límites de las prohibiciones absurdas de los hombres obceados; un amor que nada tiene que ver, desde luego, con "los besos de amor de las castas películas españolas" que menciona M. Gómez-Santos, por suerte para los que han visto el film.

Como toda la película transcurre con ritmo de ballet, son bastante numerosas las canciones y los bailes. No voy a hablar de Bach, libreme el cielo, pues mencionar cualquier comparación con la buena música sería un disparate. Las canciones de "West-Side Story" caen dentro del género que todos conocemos desde hace mucho, unas de más calidad que otras; pero, de cualquier manera, muy superiores a todas cuantas por estas latitudes se nos lanzan, desde Benidorm o desde cualquier otro festival. Tienen, por lo menos, buen gusto.

Marino Gómez-Santos dice haber sentido náuseas mientras contemplaba las escenas de la película. "Charca sucia", dice en una de sus frases. Y prefiere "el escote de esa deliciosa criatura...". Personalmente opino que estas preferencias deberían dejarse bajo la almohada al despertar y considerar la tarea diaria que un escritor debe abordar desde un periódico. Lo de las náuseas no me lo explico.

Tampoco comprendo, por mucho que me esfuerzo, la referencia al carro europeo. Al lado de otras muchas películas —recuerdo ahora, no sé por qué, "Lo que el viento se llevó"—, esto que M. G. S. califica de "sandwich" con cuacra, es un plato delicioso que yo repetiría muy a menudo. Aparte de haber batido muchos récords de taquilla, ha venido aquí por la vía normal en estos casos, enrollada y expedida con todos los requisitos exigidos para la importación de films extranjeros, y sin recomendaciones mercadocomunales. Yo no acostumbro a llevarme las películas a la boca, pero si así fuera, no creo que quienes ya la comieron con anterioridad tuvieran que reírse de mis esfuerzos, si en ello, unos primero y otros después, todos encontráramos un patriotismo.

La exaltación y el gatillismo, en determinadas dosis, cuando los cinturones silban en el aire, están peligrosamente cerca del gamberrismo que pelea con navajas. Hay una mínima frontera, la de la razón, que conviene tener presente a todas horas. Para mí, el ataque de M. G. S. a "West-Side Story" es tan gratuito como las gamberradas de los muchachos del "West-Side".

El momento actual, por otra parte, no es el más indicado para exponer ideas personales fruto de la indignación y del asco. No olvidemos que está muy reciente el asesinato de un negro de Jakson (Mississippi) y el de un blanco, en Detroit. El problema racial hace disparatar estos días a muchos espíritus que andan con la sangre caliente. Nosotros tenemos la obligación de hacer todo lo posible, por parte de todos y en todas partes, para que el grave problema se resuelva en el único sentido admisible para una mentalidad de hoy. Y resulta que por "West-Side Story" corre un soplo de buenos deseos, de justicia racial y de igualdad que, pos sí solo, aun cuando el resto del film fuese—y no lo es—deleznable, bastaría para elogiarlo cálidamente y aplaudirlo con brío.

Admito que guste o que no guste, en casa. Pero convertir tantas cosas estimables en estercolero, por el gusto de sacarse un berrinche, es grandemente injusto.

Reciba un saludo, Gonzalo Torrente Malvido."